



Prot. n. 3757

Roma, 17 septiembre, 2024

A todos mis hermanos de la Fraternidad Internacional de la
Orden Franciscana Seglar.

Queridos Hermanos,

!Que el Señor les de su paz!

En el transcurso de los años de los Centenarios Franciscanos, este año 2024, estamos celebrando el aniversario del día en que “... *el verdadero amor de Cristo transformó al amante a su imagen... llevando consigo la semejanza del Crucificado*” (San Buenaventura: La leyenda mayor XIII). San Francisco recibió los estigmas en el monte La Verna, encontrándose con Cristo crucificado y glorificado en la imagen del serafín. San Francisco fue transformado por Cristo, en la conformidad de Cristo, en una imagen de Cristo, no sólo en su espíritu sino también en su cuerpo.

Debe ser esta experiencia de San Francisco, una inspiración para nosotros, que nos lleve a buscar respuestas a las grandes preguntas de nuestra vida: ¿Cuál es la experiencia del verdadero amor de Cristo en nuestra vida? Lo que sucedió en el monte La Verna no es sólo un evento maravilloso que vale la pena recordar y celebrar, sino un evento del que como franciscanos seglares mucho podemos aprender.

Introducción

¿Cuál era la situación en su vida cuando San Francisco subió al monte La Verna y recibió los estigmas? ¿Cuál era la situación de la Orden? Hay que tener en cuenta que para él, aquellos eran tiempos difíciles. La Orden se había hecho grande, lo que era motivo de alegría, pero también era muy difícil guiar y animar a más o menos 5.000 hermanos. Era un momento de crisis. Se planteaban grandes cuestiones sobre el futuro de la Orden, sobre las directrices, sobre el modo de vida adecuado de los hermanos. El Capítulo había decidido lanzar nuevas misiones, por ejemplo, en Inglaterra. Es evidente que la moneda tiene dos caras, y que la vida fraterna no sólo está llena de alegrías, sino también de desafíos. San Francisco, no sólo tenía las cargas de un líder de esta gran fraternidad, sintiendo la responsabilidad y afrontando los propios desafíos, sino también teniendo que afrontar muchos problemas personales -problemas de salud, tentaciones personales y estando cada vez más débil. Razones estas que lo acompañaban cuando se desplazaba hacia La Verna.

Podemos leer muchas meditaciones sobre los acontecimientos que le sucedieron a San Francisco en La Verna, y podemos aprender mucho sobre los mismos. Es un momento realmente importante y enriquecedor de la vida de San Francisco, que nos puede hablar mucho sobre nuestra propia vocación franciscana seglar. Sólo quisiera llamar vuestra atención sobre tres cosas: el don de Cristo, junto a Cristo y la unidad con Cristo. Se trata de una especie de camino espiritual, que puede ser una invitación para que también nosotros, nos pongamos en camino que nos lleve a experimentar cómo Cristo actúa a través de episodios particulares en nuestra vida.

El don de Cristo

“Oh Señor Jesucristo, antes de morir te pido dos gracias: la primera, que durante mi vida pueda sentir, en la medida de lo posible, tanto en el alma como en el cuerpo, ese dolor que Tú, dulce Señor, soportaste en la hora de tu amarga Pasión; la segunda, que pueda sentir en mi corazón, en la medida de lo posible, ese exceso de amor que te movió, oh Hijo de Dios, a sufrir tan cruel Pasión por nosotros pecadores.”
(Floreccillas de San Francisco)

San Francisco, poco antes de este acontecimiento milagroso en La Verna, pidió dos cosas, dos gracias a Cristo crucificado: sentir el amor y sentir el dolor. En La Verna recibió los estigmas, y creemos que le dieron sólo uno de los dones que pedía: el sufrimiento - el dolor. Pero ¿podríamos imaginar que Cristo hizo sólo la mitad del trabajo, que daría sólo la mitad del don? Aunque nunca hemos podido leer sobre ello, parece bastante seguro, y estoy convencido, que a San Francisco también se le concedió la gracia de sentir el inmenso amor de Cristo.

Su deseo tan profundo, tuvo una respuesta preciosa de Cristo, un don precioso. Él entendió -y nosotros también debemos entender, que estas dos cosas van siempre juntas. Cristo no nos deja sufrir sin concedernos la capacidad de amar y de sentirnos amados. Pero también al revés: Cristo nos enseña que no hay gran amor sin sufrimiento. Pero ello, solo puede estar en equilibrio, si pedimos ambos a Cristo, y si estamos dispuestos a aceptar ambos de las manos de Cristo.

El sufrimiento no es algo bueno en sí mismo. El sufrimiento en sí mismo no es una meta para nosotros. Pero cuanto más podamos aceptar el sufrimiento de las manos de Cristo, más podremos ser como Él, también en términos de nuestro amor. Podemos estar seguros de que Cristo, cuando nos concede la gracia del sufrimiento, nos concede también la alegría del amor.

Los estigmas son el signo externo de estos dos dones: el sufrimiento y el amor, mostrando que están unidos en uno, vienen juntos a partir de Cristo, completándose mutuamente. Estos dones fueron un punto de inflexión en la vida de San Francisco.

En lugar de consolarlo, en lugar de mirarlo en sus sufrimientos físicos y espirituales como podía esperarse, recibe los estigmas, las heridas que duelen -y que duelen mucho. Sin embargo, como un milagro, estos estigmas significan un consuelo: los estigmas lo calman. Este momento ha cambiado la vida de San Francisco, y debe cambiar también nuestra vida. Debe llamarnos a hacer todo lo posible para estar juntos con Cristo, para entrar en unidad con Cristo, pidiendo y aceptando todo de Él.

Junto a Cristo

Se puede estar solo, sin sentirse solo y se puede uno sentir solo, aun estando rodeado de otros.

En las biografías de San Francisco leemos que dos años antes de su muerte, con ocasión de la fiesta de San Miguel, subió al monte La Verna. Quería estar solo. Solamente el Hermano León pudo acompañarlo. Sin embargo, debemos recordar que éste no es ni mucho menos el primer momento en la vida de San Francisco en el que parecía estar solo, a pesar de la “ilusión” de lo contrario.

Estuvo solo en la cárcel de Perugia. Fue solo a rezar ante la cruz de San Damián. Salió a celebrar el ayuno de San Miguel en una isla y estaba allí solo. Pero también salió y dejó la casa de los hermanos para estar solo cuando rezaba. Incluso estaba dispuesto a pasar toda la noche en oración sin dormir, cuando esa era la única oportunidad de escuchar y hablar con Dios.

No estaba solo, pero se sentía solo cuando era joven, a pesar de estar en las calles en compañía de sus amigos. Y no estaba solo, pero pudo sentirse solo, en el Capítulo cuando los hermanos querían cambiar sus ideas genuinas sobre la Orden.

Podríamos continuar buscando en sus biografías, hechos similares. Hubo tantos momentos cuando estaba solo, incluso sintiéndose triste, que este sentimiento estaba profundamente arraigado en su corazón. Sin embargo, siempre estaba convencido que aun en su soledad en medio de la gente, Cristo estaba siempre con él.

En La Verna, Cristo no lo dejó solo en absoluto. Este fue el momento determinante, cuando Cristo le probó que nunca más se sentiría solo. Encontró así Francisco, la mejor compañía que jamás haya tenido: Cristo mismo, visible, en el contacto más auténtico. El estar acompañado y consolado por Cristo, lo llevó a una unidad absoluta con Cristo.

De la misma manera podemos estar seguros que Cristo está dispuesto a acompañar a cada uno de nosotros, siempre. Es posible que nosotros, franciscanos seculares, a veces nos sintamos solos, como cualquier otra persona. Incluso vivimos momentos desagradables en nuestras vidas, cuando no sentimos a nadie cerca. ¡Que este milagro de La Verna sea una inspiración también para nosotros!. Cristo está siempre dispuesto a acompañarnos; está siempre tan cerca de nosotros, que podemos sentir la inspiración de estar unidos a Él en una unidad absoluta. ¡Es posible, creámoslo!

La unidad con Cristo

Si quiero comprender al otro, a las otras personas, debo imaginarme estar en su lugar. ¿Qué llevó a esa persona a hacer lo que hizo? ¿Cómo puedo entender sus motivaciones? Debo entonces pensar como él piensa, y debería así sentir lo mismo que él siente.

San Francisco quiso exactamente lo mismo. Quería conocer las motivaciones de Cristo. ¿Qué llevó a Cristo, siendo absolutamente hombre, a dar su vida por los demás? ¿Qué motivación lo llevó a la cruz? San Francisco quería comprender a Cristo, quería entender ese Amor, para imitarlo. Pidió la gracia de experimentar lo que Cristo experimentó, quería estar totalmente unido a Él. No sólo quería acercarse a Cristo, sino que quería ser como Cristo, y después, a través de esta unidad, podría estar más cerca de los demás, de sus hermanos, de los pobres, de los leprosos, como lo estuvo Cristo. Realmente quería imitar a Cristo. El *‘sequela Christi’* le ha significado aún más, no sólo ser ‘como’ Cristo, sino ‘ser’ Cristo. Este deseo le ha impulsado durante toda su vida, llegando así a ser verdaderamente *‘Alter Christus’*.

Con los estigmas llegó a la unidad plena, a la semejanza completa de Cristo, tanto en espíritu como en su cuerpo. Los estigmas no son la razón de esta unidad plena, sino más bien, el punto más alto de su vida, que lo llevó a la unidad y semejanza absoluta con Cristo, tanto internamente como en sus signos externos. Se convirtió en *'Alter Christus'*, no porque recibió los estigmas, sino que los estigmas fueron sus signos externos.

Conclusión

San Francisco reconoció en todos los problemas de su tiempo - en su vida privada, en sus problemas de salud, en su vida espiritual, en la vida de la Orden -que este don de Cristo fue la solución; viviendo la cruz en su plenitud, viviendo en una unidad absoluta con Él. Reconoció así que la unidad plena significaba la unidad física, con los estigmas como signos externos, y también la unidad espiritual con Cristo a quien había encontrado, aunque en la cruz, pero en su gloria plena.

“Ante tal aparición, quedó lleno de estupor el Santo y experimentó en su corazón un gozo mezclado de dolor. Se alegraba, en efecto, con aquella graciosa mirada con que se veía contemplado por Cristo bajo la imagen de un serafín; pero, al mismo tiempo, el verlo clavado a la cruz era como una espada de dolor compasivo que atravesaba su alma”. (LM XIII) Su corazón se llenó de alegría y de dolor, al mismo tiempo.

Este encuentro con Cristo que cambió su vida, lo hizo dotado de una unión a Cristo, de tal manera de sentirse consolado.

El Espíritu nos impulsa hacia el verdadero amor de Cristo. El Espíritu nos anima a salir. El Espíritu nos conforta en los momentos difíciles de nuestra vida. El Espíritu nos guía cuando buscamos el rumbo. El Espíritu nos transforma. Dejémonos abrir al Espíritu para que, como San Francisco, llevemos en nosotros mismos, la imagen del Crucificado.

Os invito a todos, junto a sus fraternidades, a plantearnos de nuevo algunas preguntas: ¿Cómo nos ha transformado Cristo al hacernos miembros de esta fraternidad seráfica, la OFS? ¿Somos imagen de Cristo? ¿A quién permitimos ser transformados: a Cristo o al mundo?

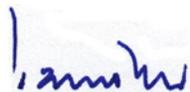
¿Qué hacemos con los dones que recibimos? ¿Reconocemos cuáles son los verdaderos dones? ¿Sabemos cuáles son los dones de Dios?

¿Qué hacemos con el sufrimiento? ¿Podemos unirlo a la expresión del amor? ¿El «verdadero amor de Cristo nos transforma»? ¿Queremos ser transformados a imagen de Cristo? ¿Qué significaría para nosotros ser imagen de Cristo?

Que estas preguntas nos lleven a todos a una mejor comprensión de nuestra vocación, y que las respuestas nos ayuden a proseguir nuestro camino vocacional día a día con más fidelidad, con más alegría, con más unión con Cristo. ¡Que nuestro seráfico padre, San Francisco, nos ayude en este camino!

¡Os deseo a todos una feliz fiesta y una alegre celebración de este encuentro que cambia la vida!

Su hermano y Ministro,



Tibor Kauser
CIOFS Ministro General

